

Martí: historia de una bofetada

Antonio José Ponte

EL NOVELISTA Y POETA CUBANO ANTONIO JOSÉ PONTE, CON UNA AMPLIA INFORMACIÓN HISTÓRICA, NOS MUESTRA UNA IMAGEN CRÍTICA (POR LÚCIDA) Y METAFÓRICA (POR LO QUE DEJA TRASPARENTAR DE LA REALIDAD URBANA) DE JOSÉ MARTÍ.

José Martí es una termoeléctrica y una biblioteca enorme. Es la más alta orden gubernamental y una radio que ataca al gobierno que entrega esa orden. Es un aeropuerto y un montón de avenidas. Es el centro del parque en pueblos y ciudades. Es la dispersión de frases suyas que se repiten incesantemente. Es el dinero que circula con su efigie. Es el primer nombre propio que se menciona en la actual Constitución de la República Cubana: aparece cuando ya han pasado, en anteriores cláusulas, una masa anónima de aborígenes suicidas, de esclavos rebeldes, de criollos levantados en armas, de obreros, campesinos y estudiantes.

Como si se tratara de la traducción de títulos imperiales exóticos, ha sido llamado «Nuestro Apóstol», «Héroe Nacional», «Pater Patriae», «Nuestro Recetario Político», «Padre Santo», «Nuestro Botiquín de Moral Pública», «Nuestra Biblia de Vida». Se ha afirmado que ninguna estatua que se levante conseguirá hacerle justicia. Rubén Darío llegó a consignar, luego de ciertos estimados constructivos, que para tal estatua «la isla entera sería todavía pequeño zócalo».

José Martí cobra la importancia universal que él mismo exageró para Cuba al escribir: «Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo». Su figura cobra la intemporalidad que él prodigaba al advertir que todo el que se levantara por la causa cubana, se levanta-

taba para todos los tiempos. Leo sus páginas y me viene a la memoria la noticia de que un poema suyo (no recuerdo cuál) y uno de sus manifiestos políticos (tampoco lo recuerdo) viajan por el espacio cósmico, de no haberse desintegrado todavía.

Allá los puso en órbita el primer (y único) cubano que ha visto el planeta desde afuera y que en la actualidad asiste, mudo en su uniforme de coronel, a consabidas sesiones parlamentarias en La Habana. Vestido entonces de cosmonauta, Arnaldo Tamayo Méndez, sacó del planeta, además de esos textos martianos, azúcar suficiente para organizar un experimento en torno al crecimiento de los cristales en un medio antigravitacional. Creo que nunca han llegado tan lejos las exportaciones cubanas, nunca se han extendido de modo igual las preocupaciones por el rendimiento de una cosecha. Y no habrá tenido la escritura de José Martí destinatario más extraño (y tal vez más justo), que al ponerse a orbitar en aquellos espacios pascalianos.

Hablo del equipaje de un cosmonauta que incluía un paquete de azúcar y unas páginas impresas, hablo de exportaciones cubanas, y apunto esta ocurrencia que Fernando Ortiz hizo pública en 1953, durante la celebración del centenario martiano: si el país exportaba con muy buena suerte azúcar, tabaco y música, ¿por qué no iba a exportar a José Martí? Él era la mejor de las músicas (impetuosidad y arrastre de su oratoria), azúcar de óptima calidad (sus afectuosas cartas), sus ideas acarreaban la misma ebriedad del buen tabaco (en algunas marquillas aparecía su efigie).

Pocos años antes de esa celebración, Emil Ludwig había escrito su asombro ante algunas de sus frases. Emparejaba aquellos fragmentos a los aforismos de Nietzsche, lamentaba que tal obra no estuviese traducida al alemán, y confirmaba la demanda internacional para el artículo de exportación propuesto por Ortiz. «Centenares de aforismos en tal estilo vigoroso y penetrante», apuntó Ludwig, «que bien pudieran ser de Nietzsche, han sido recogidos en una magnífica colección de sus obras, y de ser traducidas, serían por sí solas suficientes para convertir a Martí en guía espiritual del presente momento del mundo».

El biógrafo alemán aludía al año 1948. Guía espiritual del mundo o principal artículo de exportación, José Martí cobraría su mayor importancia a partir del triunfo revolucionario de 1959.

Aunque desde mucho antes su nombre había entrado en el trapiqueo político cubano. Fulgencio Batista (por citar el ejemplo de una dictadura anterior) tuvo a bien agenciarse buena parte de los réditos de la celebración del Centenario, e intentó legitimar su flamante golpe de Estado con las fiestas por Martí. De igual modo, en ese mismo año, Fidel Castro dispuso su lucha contra Batista bajo la advocación del mismo nombre. En 1953 la política cubana adoptaba la forma de guerra de reliquias.

Se ha repetido que Martí ha servido a toda intención política del último siglo cubano. Visto así, su utilización por la actual dictadura no tendría particularidad mayor. Lo inusual estriba, sin embargo, en que un mismo poder se haya valido de él para justificar tendencias sucesivas y contradictorias: Martí ha sido incluido en las cambiantes formulaciones del discurso revolucionario. Es por ello que ninguna interpretación de su obra me parece más necesitada de atención que la versión gubernamental cubana. Porque ninguna otra ha sido llevada tan lejos. Hasta el cosmos.

Se trata, como he dicho ya, de una lectura cambiante. Lectura que incluye momentos tan dispares como aquél en que quiso aproximársele al pensamiento marxista, y éste que hoy eterniza la propaganda habanera, donde él representa la conciencia nacional, la diferencia cubana. Poco importa cuán distante sea un Martí de otro, ambos han sido enraizados definitivamente a la revolución de 1959. No hay casualidad, por tanto, en que, luego de los retratos individuales ejecutados por algunos de los principales pintores cubanos durante la primera mitad del siglo XX (Carlos Enríquez, Jorge Arche, Eduardo Abela), Raúl Martínez cubriera sus enormes lienzos revolucionarios con retratos martianos en serie. Obedecía a algo más que el gusto warholiano por las tiras de retratos: si Warhol retrataba a Marilyn Monroe saliendo de los linotipos, Raúl Martínez procuraba al Martí de las máquinas oratorias.

Cuando fue declarada marxista la revolución de 1959, se hizo imprescindible descubrir las coincidencias o tangencialidades entre Marx y Martí, entre Martí y Lenin. El problema que se abría era idéntico al que tuvo Dante al juzgar a Virgilio: ¿dónde colocar, en un universo regido por premios y castigos, entre Infierno y Paraíso, a quien vino antes de Cristo, no pudo compartir la Buena Nueva, pero debió de tener asomos de ella, a juzgar por su

Égloga Cuarta? Llegó entonces a afirmarse que las posiciones martianas eran «símboli-marxistas», término acuñado por el historiador Julio Le Riverend. Aunque vale la pena aclarar que los acercamientos entre Marx y Martí se habían iniciado una veintena de años antes.

En el prólogo a una antología de textos martianos de 1974, Roberto Fernández Retamar hacía notar, a propósito de cierto punto en discusión: «Martí no lo dice en esos términos, pero si (...) traducimos sus planteos a un lenguaje marxista-leninista...». Con lo cual señalaba la necesidad de traducirlo a la *lingua franca* del Imperio Soviético.

Por esa misma época, entre los profesionales martianos cundió la desesperación nominalista. ¿Cómo calificar, en una escala rígidamente teleológica, a alguien como José Martí? «Demócrata revolucionario», fue el más tranquilizador de los rótulos que le encontraron entre los rótulos que imponía la Academia de Ciencias de la URSS. Y cuando se vino abajo el imperio que sostuvo a aquella academia, cuando se volvieron innecesarias las traducciones propugnadas por Roberto Fernández Retamar, sobrevino otro Martí. Uno escarmentado, concentrado en sí mismo, olvidado de cualquier pensamiento que no fuese el propio, cubanísimo.

Recurrir a este nuevo Martí, tenerlo a mano como autoridad, confirmaba lo evitable del fin para el régimen revolucionario. Pues lo tremendamente autóctono de él venía a coincidir con lo tremendamente autóctono de la revolución de 1959. Y si el triunfo de ésta no había ocurrido por encargo transnacional o contagio soviético, no tenían por qué conseguir eco en el Caribe las noticias del este europeo. José Martí era visto como una preciosa especie endémica, la rara mariposa que justifica un microclima, el ornitorrinco para cierta reserva ecológica.

Fuese cual fuese la interpretación entronizada, sobraban lazos entre la revolución que él iniciara en el siglo XIX y la que comenzara en medio de los festejos por su centenario. Asimismo, sobraban lazos entre el partido político que él fundara y el partido político que gobierna Cuba hoy. Sobraban lazos entre las figuras de José Martí y de Fidel Castro.

Diversos fueron los partidos políticos cubanos colocados a la sombra del Partido Revolucionario fundado por Martí. En un